

LA CODICIA DE BLAKE

Éramos muy pobres, y quizás este hecho nos disculpe en cierta medida de la mala costumbre en la cual habíamos caído. A mi familia le parecía una injusticia que ellos, que observaban tan estrictamente la letra de la ley, tuviesen que luchar contra la necesidad, mientras que ciertos hombres de vida y carácter pésimo gozaban de abundancia. Cualquier buena suerte que cayese en la comunidad nos incomodaba. Toda promoción, todo legado, toda casa nueva -todo, menos un aumento de familia-, nos ocasionaba una nueva epidemia de celos y codicia.

Se discutía mucho en nuestra casa acerca de si alguno de nosotros los hijos iría al colegio. Tanto mi padre como mi madre deseaban, sobre todas las cosas, que nos educásemos. Yo vacilaba al respecto y seguí vacilando hasta que Harvey Anderson, cuyo padre era cajero de un banco, fue al colegio, e inmediatamente decidí ir también al otoño siguiente -no porque desease la educación en sí misma, sino porque no podía soportar la idea de que Harvey Anderson obtuviese algo que me fuera negado. Así que ingresé al primer año en el colegio en que Harvey ya cursaba el segundo. Por una vez, mi copa parecía llena, demasiado llena para que cupiese en ella una sola gota de celos. Me había sucedido todo lo que quería. Era estudiante; por supuesto que había de sufragarme yo mismo los gastos, pero esto no impedía que fuera miembro de uno de los mejores grupos, y tenía todas las probabilidades de pasar cuatro años felices.

Mientras Anderson quedó en el colegio no se me ocurrió salir, pues gracias al fútbol y a mi capacidad para correr, era más popular que él entre los estudiantes y eso me proporcionaba cierta malsana satisfacción. Pero durante el primer semestre de su tercer año murió su padre; y los ejecutores de su testamento se encontraron con que sus bienes consistían en la casa que poseía y muy pocas cosas más; y Harvey no tuvo más remedio que abreviar sus estudios y dedicarse al trabajo.

El aceptó su situación con el buen humor que siempre lo había caracterizado, y por un tiempo lo perdimos de vista. De repente, en junio, cuando los ex alumnos empezaron a reunirse para su fiesta de costumbre, ¿quién había de presentarse con los demás sino Harvey mismo? Era obvio que había prosperado, y durante la velada, mientras estábamos sentados conversando en la galería, supimos lo que pasaba. Tenía un puesto admirable en una oficina de Nueva York y ganaba la suma casi increíble de treinta dólares por semana. ¡Treinta dólares por semana! En nuestro pueblo no había media docena de hombres que ganasen tanto. Para mis oídos inexpertos eso parecía una fortuna. ¡Cinco dólares por cada día de trabajo! Empecé a sacar la cuenta de lo que calculaba, tanto más se posesionaba de mí el demonio de la codicia. ¿De qué me iba a servir otro año de colegio de todos modos? Mejor sería terminar con ello y penetrar en el mundo que me ofrecía sus pingües ganancias. Había tenido más éxito que Harvey en la escuela; ¿por qué no lo habría de superar en los negocios? Sin consultar con mis padres ni tener en cuenta que mi decisión podría chasquearlos resolví no volver al colegio aquel otoño; así que ello de octubre me encontraba en la oficina de una compañía de Filadelfia que negociaba en bienes raíces. No ganaba treinta dólares por semana, sino nueve, pero ardía en deseos de mostrar que yo también podía vender lotes y participar de las fuertes comisiones. Ahorraré al lector los detalles referentes a los pocos años siguientes. Progresé medianamente en los negocios, pero ningún progreso me produjo satisfacción. Siempre había alguien que, al prosperar mucho más, excitaba mis celos. Y el éxito que alcanzaba no era nunca tan pronunciado como lo habría sido si hubiera concentrado todas mis energías en mi trabajo y no en la buena suerte de los que me rodeaban. En un solo aspecto de mi vida puedo decir que quedé completamente libre del pecado que me asediaba. Volví a mi pueblo cinco años después de lanzarme en los negocios, me casé con una joven vecina a quien había conocido desde la niñez. Durante los años que siguieron, nuestra felicidad fue siempre perfecta. La parte del décimo mandamiento que nos pone en guardia contra el hecho de codiciar la esposa ajena es la única parte de dicho mandamiento que no se aplica en mi caso. Siempre tuve bastante inteligencia para saber que ella es mucho mejor de lo que yo merezco. Ya antes de nuestro casamiento yo había cambiado de puesto media docena de veces; y en toda nueva ocupación me sucedía más o menos lo siguiente: Me presentaba al trabajo un lunes de mañana. Me gustaba la oficina, los demás empleados, el ramo de negocios y los directores.

Razonaba así: "Esta es la mejor firma de su clase que haya en el mundo. Aquí tengo grandes oportunidades. Voy a ser muy feliz".

Transcurridos dos o tres meses, llegaba a la oficina algún hombre dedicado a otro ramo de negocios. Empezaba a hablar de cuán fácilmente ciertas personas ganaban dinero alrededor de él. Yo lo escuchaba ávidamente. Me era muy claro que no había tales oportunidades donde yo estaba. Por supuesto que se trataba de una firma bastante buena, pero no era un puesto para un hombre más que medianamente ambicioso, como lo era yo. Me acordaba de que tenía casi treinta años. Si había de enriquecer, debía despertar y dedicarme a eso.

Interrogaba al visitante acerca de las oportunidades que presentaba su campo de labor y, un poco más tarde, gracias a un esfuerzo especial, me hallaba en Eldorado a que tanto había aspirado llegar. "Ahora, por fin -pensaba-, estoy donde necesitaba estar".

Y conservaba este concepto hasta que se me cruzaba otra persona con otro método de hacer fortuna rápidamente y me agitaba por cambiar de situación.

Mi esposa no compartía mi entusiasmo por los cambios, pero me seguía respetuosamente de un lugar a otro, aceptando mudanzas, no porque prometieran más recompensa, sino porque deseaba mucho verme contento. Cuando llegó el décimo aniversario de nuestro casamiento, yo trabajaba como subdirector del departamento de ventas de la compañía que hoy presido. Fabricábamos herramientas pequeñas, y nuestro establecimiento es hoy uno de los principales de su clase en los Estados Unidos. Tres meses después de haber conseguido este puesto, los títulos de la bolsa subieron y los cuentos de fortunas hechas en pocos días despertaron toda la codicia que había en mí y en millares de jóvenes que ocupaban puestos semejantes en otras partes. Hice un tanteo de mercado y perdí los ahorros de un año de duro trabajo. Eso debería haberme enseñado una lección, pero en vez de aprenderla, llegué a una conclusión enteramente falsa. Razoné que se podían conseguir fortunas, pero no desde lejos.

Así que escribí cartas para pedir trabajo a dos o tres de las grandes casas que se ocupaban en esos negocios en Nueva York; pero por casualidad una de esas cartas volvió a nuestras oficinas y cayó en manos del gerente. Era éste un bondadoso e inteligente caballero, ya anciano, cuyo genio mecánico había echado los cimientos del éxito de la compañía. Me mandó llamar en seguida y para gran sorpresa mía puso la carta en mis manos. Me sonrojé y balbuceé algo, pero mientras estaba tratando de pensar en una contestación, él me alivió de esta necesidad, diciendo:

-Ud. tiene una oportunidad excelente aquí, joven. Pero debe mantener los ojos fijos en su trabajo. Si yo estuviese en su lugar, no escribiría más cartas como ésta.

Era muy noble de su parte, y yo debería haber aceptado su consejo. Por cierto que durante uno o dos meses deseché todo pensamiento de cambio, pero la costumbre era demasiado fuerte; y a los dos meses había caído en la antigua huella.

Por aquel entonces sucedieron dos cosas que me causaron gran ansiedad. Cierta joven llamado Edwards, sobrino del gerente de nuestra compañía, y quien trabajaba en un establecimiento vecino, empezó a manifestar lo que me parecía un interés excesivo por mí puesto. El y yo éramos muy buenos amigos, y por cierto tiempo no pude sospechar de él. Pero su actitud era tan abierta que no podía equivocarme. El decía francamente que me tenía envidia, que yo tenía un puesto magnífico y que él deseaba tener uno así. Yo lo tomaba a broma, aunque su parentesco con nuestro gerente era un factor algo perturbador. Pero las otras cosas que me acontecieron me preocuparon más aún. Por primera vez desde que estábamos casados, Edith, mi esposa, pareció cultivar un gusto extraordinario por las actividades sociales. Antes, siempre decía que prefería quedarse en casa conmigo durante las veladas en vez de ir a otra parte. Ahora, de repente empezó a ir a un lugar por la tarde y a otro por la noche. Y si, como sucedía algunas veces, yo estaba afuera o demasiado cansado para ir con ella, encontraba entre nuestras amistades alguna otra pareja que la acompañara.

Por un lado me alegraba el placer que eso le proporcionaba. Pero encontré, sin embargo, en esa nueva situación una nueva causa de codicia. Concluí que no estaba satisfecha con mis progresos. Si tan sólo tuviéramos más dinero todo iría bien. Así que volví a mandar una carta aquí y otra allá para tantear la situación. Y otra vez una de mis cartas cayó en las manos del gerente. La primera noticia que de ello tuve fue una inesperada invitación a pasar a su oficina después de un día de trabajo.

Allí estaba sentado, serio, con el entrecejo fruncido, mirándome con sus agudos ojos grises.

-Blake -dijo-, sírvase leer esta carta. La reconocí en seguida y, enrojando desde el cuello hasta las orejas leí la solicitud de empleo que había escrito a otra compañía. Aún ahora, después de tantos años, apenas

puedo recordarla sin cierto sentimiento de vergüenza. El patrón se había mostrado muy amable conmigo. Nos había visitado en nuestra casa y nos había invitado a la suya. Más de una vez me había dicho que esperaba que me gustara tanto el trabajo y mi puesto que me quedaría con él siempre. Y ahora tenía pruebas de que, aun mientras él trazaba planes para mi futuro, mi codicia me hacía volver los ojos en otra dirección.

-Es una lástima, Blake -dijo- Yo esperaba que Ud. se quedara mucho tiempo con nosotros. Su conducta ha sido buena y su eficiencia también, aunque podría haber sido mejor; sin embargo, se destacó. Yo lo he vigilado y tenía grandes esperanzas, pero parece inútil conservarlas. Nadie puede servir a dos amos, y ¡cuánto menos a un centenar! y Ud. nunca oye hablar de un nuevo amo, de una nueva oportunidad, sin darle el servicio de sus pensamientos. De alguna manera Ud. tiene que vencer esa costumbre. Espero que esta experiencia le ayude. Adiós. Antes de que me diese plena cuenta de lo que había ocurrido, me había estrechado la mano, y yo me encontraba afuera, en camino a casa. Allí me aguardaba un nuevo chasco. Edith había salido. En la hora en que más la necesitaba desde que me había casado, me encontré con una breve nota que me indicaba que se había ido a un baile con la familia Everet, y que yo encontraría la cena en el horno de la cocina, pues ella iba a regresar a eso de las diez.

Solo, desanimado, asqueado de mí mismo, me quedé sentado delante del hogar vacío de nuestra sala, y pasé las horas más tristes de mi vida. Poco a poco toda mi carrera pasó delante de mí. Por primera vez en mi vida vi claramente que tenía capacidad, buena educación y preparación comercial, y una esposa ideal; pero a pesar de todas estas bendiciones había fracasado lastimosamente. ¿Por qué? Debido a la maldita costumbre de descuidar las buenas cosas que tenía, en mi codicioso deseo de obtener las que no tenía. No era extraño que el patrón me hubiera despedido. No era extraño que Edith encontrase la compañía de otras personas más agradable que la mía. Tan completamente abatido me hallaba por el peso de esas amargas reflexiones que no oí cuando se abrió la puerta, ni me di cuenta de que alguien había entrado en la pieza, hasta que alcé de repente la vista y vi delante de mí al patrón mismo. Al principio pensé que estaba soñando. Me levanté de la silla y le di la mano, y él, muy quedamente, puso la mano sobre mi hombro y me hizo volver a sentar.

-Un minuto, Blake -dijo bondadosamente; quiero decirle algo antes de que Ud. hable. Se sentó en otra silla, mientras yo miraba demasiado asombrado para hablar.

-Vine a pie esta noche -dijo-. Como Ud. sabe, hay casi tres kilómetros desde la oficina hasta aquí; y en el trayecto he pasado entre hileras de casas, en las que había luces. Al pasar al lado de ellas me preguntaba cuántas personas felices representarían esas luces .. Y cuántas personas desgraciadas habría en la próxima casa. Y cuál es el secreto de la felicidad o desgracia del mundo. ¿Sería el dinero o un buen puesto? No puede ser, porque conozco la historia de algunos de los que viven en esas casas. Conozco dos casas grandes que están lado a lado, y en una de ellas hay gozo, y en la otra amargura. No; el secreto es otro; es algo que hay en las personas mismas, algo que hace que un trabajador esté lleno de gozo en la vida, y que otro no tenga ni un solo momento feliz. Algo que pone una sonrisa en el rostro de un millonario y entristece los ojos de otro.

"Blake, hijo mío, Ud. tiene que resolver ese problema. Ud. se pasa la vida envidiando lo que le parece ser la suerte mejor de los demás. Pero, ¿no se le ocurrió nunca pensar en cuántos miles de otros insensatos desperdician su vida codiciando las bendiciones que le pertenecen a Ud.? Ud. tiene tan poco interés por su puesto que casi cualquier otro excita su interés celoso. Pero para el joven Edwards, y para centenares como él, el puesto de Ud. es el más deseable del mundo. Y su hogar...

Me estremecí un poco y él lo notó; su voz se enterneció.

-¿No se le ocurrió pensar en cuántos hombres, que tienen derecho a la felicidad como Ud., darían una fortuna por una esposa y un hogar como los suyos? ¿Cuántos pensamientos dedicó Ud. a su hogar en estos años durante los cuales sus ojos se han estado fijando tan constantemente en los beneficios lejanos? No podía decir nada y él proseguía con la calma de un juez, expresando toda la larga requisitoria que mi febril cerebro había elaborado esa noche, y continuó hasta que no pude aguantar más. De un salto me puse de pie y comencé a recorrer la pieza. Al llegar a la puerta, ésta se abrió de repente; y Edith entró y nos halló allí. Transcurrieron tres meses antes de que Edith y el patrón me confesaran el secreto. Había sido una maquinación perfectamente tramada que culminó en aquella noche de desdicha. Juntos se habían

dedicado a hacerme comprender la insensatez de mi codicia. Habían incitado al joven Edwards para que me hiciese más deseable mi puesto tratando de conseguirlo; habían arreglado las ausencias de Edith. -El acepta la compañía de Ud. como cosa natural -había declarado el anciano a mi esposa- Hemos de convencerlo de que posee mucho que otros no pueden gozar. Déjele probar lo que sería la vida familiar sin Ud. Me fue fácil perdonarlos cuando me lo confesaron. Habían guardado muy bien el secreto, pues nadie lo sospechó nunca. Nadie supo nada de las cartas que había escrito ni de mis entrevistas con el anciano. Y aunque entonces me sonrojé -y aún ahora me sonrojo al recordar aquella noche-, sé muy bien que ninguna cosa menos severa habría logrado el propósito. No puedo decir que la experiencia me curó de la codicia; las malas costumbres de la vida no se eliminan tan rápidamente, ni aun cuando el golpe sea fuerte y duradero. Pero desde aquella noche empecé a mejorar perceptiblemente.

Una vez por día hago un pequeño inventario mental de mis riquezas: mi esposa y mis hijos, nuestra salud, y los miles de ratos agradables que pasamos juntos, y los otros miles que nos aguardan; mi puesto, que se vuelve más interesante y más valioso cada año; y finalmente, aunque no es de menor importancia, los amigos, que parecen haberse multiplicado enormemente en estos últimos años desde que hemos dedicado menos pensamientos a nosotros mismos y más a los otros.

Nadie puede excitarme describiendo las fortunas que otros han adquirido, ni pasando frente a mí en un flamante automóvil o disfrutando de una elevada posición. El hecho es que he adoptado cierta conducta para con el éxito de los demás. Me he propuesto deliberadamente apropiarme un poco de la felicidad de los demás. Cuando me entero de la buena suerte de algunos de mis conocidos, sigo esta regla invariable: primeramente, dentro de las veinticuatro horas lo felicito, ya sea personalmente, por carta o por teléfono; en segundo lugar, dentro de las veinticuatro horas hablo de su éxito por lo menos a tres personas. Es algo admirable ver cuánta felicidad puede proporcionarle a uno la buena fortuna de los demás mediante esta sencilla fórmula, y cuánto más fácil es vencer la codicia cuando uno siempre se acuerda de estar contento.- El protagonista.

Donde reina la envidia no puede vivir la virtud.-Miguel de Cervantes Saavedra.